Lo Barroco y lo real maravilloso en «El Camino de Santiago», de Alejo Carpentier*

BEATRIZ MONREAL HUEGUN y MARTA RUIZ DE GARIBAY

«No todos los Conquistadores nacieron al pie de un astillero, en sábanas marcadas de astrolabios ni tuvieron temprana vocación de mareantes o adelantados».¹ Con estas palabras inicia Alejo Carpentier uno de los artículos que escribió a raíz de un viaje a la Guayana venezolana en 1947.

Pero tampoco se sabe cómo y cuándo nació Juan, el protagonista de «El Camino de Santiago»,² relato que forma parte de sus narraciones menores al que dedicamos estas líneas. Y al decir «menor» no se pretende insinuar que su importancia sea pequeña. Al contrario: en este cuento se darán una serie de constantes vinculadas con el barroco americano y con lo real maravilloso, y sobre todo participará al lector esa simbiosis de lo americano y lo europeo que ha estado siempre en la mente del autor.

El relato cuyo argumento es, en apariencia, sencillo, presenta ya a un héroe adulto, a un joven soldado español de las tropas del Duque de Alba que estando en Amberes presencia una terrible epidemia de peste. Una noche, enfermo, en su delirio, ve por la ventana el camino de Santiago reflejado en el cielo. Interpretándolo como un aviso, promete a

² Carpentier, Alejo; «El Camino de Santiago», Ed. Galerna, Buenos Aires, 1967.

^{*} Comunicación presentada en el VI Simposio Iberoamericano de Lengua y Literatura para Profesores de Enseñanzas Medias. Cáceres, 1986.

¹ Carpentier, Alejo; «Letra y Solfa» (I) (Visión de América); 'El último buscador del Dorado'; Selección, prólogo y notas de Alexis Márquez Rodríguez, Buenos Aires, 1976, pág. 125.

Santiago acudir en romería hasta Compostela, si sale de la enfermedad. Al día siguiente, sintiéndose mejorado inicia su peregrinaje. Pero al llegar a Burgos se deia embaucar por los indianos que andaban pregonando las maravillas de América, y olvidando su promesa se dirige a Sevilla para apuntarse a la Casa de Contratación. Tras una larga travesía llega a Cuba y pasa allí toda clase de calamidades que interpreta como castigo del Santo por no haber cumplido su promesa. Tras otra enfermedad, arrepentido, decide regresar a España para efectuar su compromiso con Compostela. Juntamente con un negro, Golomón, llega a Burgos, donde Golomón le convence para postergar de nuevo la promesa y reclutar gente para hacer la América. Juan, mientras cuenta las maravillas de las Indias, conoce a otro joven romero, Juan como él, exsoldado del Duque de Alba como él y que es una especie de desdoblamiento del protagonista. Este segundo Juan es convencido para anotarse en la Casa de Contratación e iniciar su viaje a América junto con los otros dos compinches. Aquí termina el cuento pero la acción recomienza y parece que pudiera repetirse eternamente.

Es obvio que Carpentier recoge en «El Camino de Santiago» la fascinación que el Descubrimiento llevó a algunas gentes, el mundo de la Utopía, pero sobre todo, junto a estos desplazamientos espaciales del Viejo al Nuevo Mundo, se da también el desplazamiento que el hombre experimenta en su corazón viajero. Así que se tratará de dos recorridos paralelos, en los que el ser humano no siempre sale ilusionado por el transcurso de la vida, sino a menudo el desaliento se convierte en su único equipaje.

Carpentier es un escritor tremendamente interesado por la Historia y que ha manifestado en diversas ocasiones su afán por conocerla sin la mediatización de los historiadores no americanos. Va a ser a través de Juan, un hombre insignificante, como resaltará algunos de los aspectos de la Historia de España del XVI que influirían de una manera tan determinante en la de América.

La época en que Juan, uno de «esos desesperados de España», utilizando la frase de Cervantes, va y viene de Europa a América, será por los distintos datos que salpica Carpentier anterior a 1573, ya que queda constancia de la presencia del Duque de Alba en Flandes, quien regresó a España, reemplazado por Requesens en dicha fecha. Si intentamos concretar más, tenemos el dato del encuentro de Felipe II con María de Portugal en Salamanca. La boda del monarca duró entre 1543 y 1545, y por último como otro dato adicional podríamos tomar el empleo de la palabra cimarrón, registrada en América a partir de 1535. Evidentemente, dadas las características del relato, donde el tiempo juega un papel tan peculiar, es irrelevante buscar mayor concreción.

A lo largo del relato, insiste el autor en el talante de intolerancia que se extendió por Europa en el XVI. Efectivamente según afirma Maravall: «desde Villalar (1521), batalla en que fueron derrotados los elementos populares de las ciudades castellanas, el absolutismo monárquico, al encontrar libre en adelante su camino, fue convirtiendo cada vez más el Estado en un mecanismo de represión sobre sus propios súbditos. Esa acción represiva, sirviéndose de la acción jurisdiccional de la Inquisición, penetró en las conciencias, y, lo que es peor, estableció la delación como un régimen normal de relación en la sociedad española, todo lo cual nos da un completo panorama de intransigencia».³

Las referencias a los usos represivos de la Inquisición en el cuento son múltiples, y uno de los logros de Carpentier es la manera tan plástica con que representa al Duque de Alba: «El Duque de Alba, sin desarrugar un ceño de quemar luteranos» y la vivencia anticipada de los martirios acaecidos en Canarias, como algo absolutamente familiar y repetido. También se dan otros datos del funcionamiento de esta institución, no sólo en Flandes donde se menciona: «una iglesia luterana transformada en caballerizas»; o «la casa de los predicadores quemados» o donde el aposentador del soldado era «un pescadero con trazas de luterano», sino en España. Tanto es así que una de las ventajas que contempla Juan para su partida es que en las Indias «la misma Inquisición tenía la mano blanda por tener muy poco que hacer con tantos negros e indios, escásamente preparados en materia de fe». Claro que podrá después comprobar hasta qué punto ello era tan fantástico como la tierra de Jauja: inventos de indianos.

Este panorama de intransigencia se extiende con el Descubrimiento. Los contactos de San Cristóbal de La Habana con la Metrópoli se dan por medio de cartas escritas «con la pluma mojada en tinta de hiel». Parece ante todo esto estar cargado de razón Sancho de Moncada cuando afirmaba lamentándose a propósito del estado en que se hallaban los españoles «que no asientan el pie en el suelo, sin incurrir en alguna denunciación».4

El encuentro de Juan con el calvinista -en su huída tras haber asesinado a Jácome de Castellón- hace que tenga conocimiento de los desmanes llevados a cabo por Menéndez de Avilés en La Florida. Y Juan, «que había visto enterrar mujeres vivas y quemar centenares de luteranos en Flandes, y hasta ayudó a arrimar leña al brasero y empujar

4 Maravall, J.A.; «La oposición política bajo los Austrias». Ver nota 2, pág. 96.

³ Maravall, J.A.; «La oposición política bajo los Austrias»; «La idea de la tolerancia en España» (S. XVI y XVII); Ariel, Barcelona, 1972, pág. 93.

las hembras protestantes a la hoya», considera en el Nuevo Mundo las cosas de distinta manera. E incluso entiende que «por honrar a Dios y a Jesucristo con menos latines, el castigo le parecía un poco subido, y más aquí, donde las víctimas, en verdad, en nada molestaban».

A un paso está Juan de convertirse en hombre permisivo. Son los desplazamientos del viaje interior de Juan los más atractivos. Si efectivamente la tolerancia supone una conciencia de pluralidad, Juan está en las mejores condiciones para ser un hombre tolerante. Había tenido en un pasado la experiencia heredada de una España donde se daba la diversidad de gentes. Alfonso VI pudo en Castilla proclamarse rey de las dos religiones y qué decir de Alfonso X. Luego vendrían, claro está, los Reyes Católicos. Sin embargo el contacto con indios americanos y gentes exóticas no parece que fue un ejemplo de condescendencia, y de ello se derivan algunos de los pensamientos de Bartolomé de las Casas: «Por ningún pecado de idolatría ni de otro alguno, por grave y nefasto que sea, no son privados los dichos infieles, señores ni súbditos, de sus señoríos, dignidades ni otros bienes ipso facto vel ipso iure».⁵

A pesar de estos antecedentes históricos, Juan se deja sorprender por la mezcla racial. Carpentier hace hincapié en el encuentro étnico que se produce en el suelo americano y así cuando cuenta la salida de Juan desde Sevilla, con aquella proliferación de gentes, sobre las que se insistirá después, no hace sino anticipar lo que ofrece el Nuevo Mundo. El encuentro de los tres cimarrones, (Juan, el calvinista y el marrano) no será sino un ejemplo reducido de lo anterior. La unión de estos pillos en su desvalimiento es mayor y más fuerte que la diversidad de sus religiones y nos da una cierta idea de lo que podría ser una convivencia armónica. En cualquier caso hay que reconocer que se trata de uno de los momentos más bellos del cuento: «Cada cual parece recordar algo, añorar, echar de menos. Sólo las negras cantan, en el humo de leña que demora sobre la mar tranquila, como una neblina que oliera a cortijo. Juan de Amberes se quita el sombrero, y, de cara a las olas, dice el Padrenuestro y también el Credo, con voz que le retumba a lo hondo del pecho, cuando afirma que cree en el perdón de los pecados, la resurrección de la carne y la vida perdurable. El calvinista, más lejos, musita algún versículo de la Biblia de Ginebra; el marrano, de espaldas a las carnes desnudas de Doña Yolofa y Doña Mandinga, dice un Salmo de David, con inflexiones que parecen de llanto contenido: «Clemente y mise-

⁵ Maravall, J.A.; «La oposición política bajo los Austrias». Ver nota de Las Casas, «Treinta proposiciones muy jurídicas».

ricordioso Jehová, lento para la ira y grande para el perdón... Alzase la luna y los perros del palenque, sentados en la arena, aúllan a coro».

El regreso a España le hace volver a la realidad. Se acabó la utopía de la transigencia. La llegada a la Gran Canaria proporcionará a Juan un nuevo espectáculo de la mano del Santo Oficio, y cuando decide embarcar de nuevo a las Indias, saldrá iluminado por «las ardeduras de los sambenitos» en Valladolid.

Pero ¿por qué regresan estos compinches? Ya dice Carpentier que «el emigrante es conservador: trasplantado a otra tierra, a otro continente, trae consigo sus costumbres, sus tradiciones, sus leyendas, sus cantos, sus músicas, sus refranes, su manera de hablar»,6 pero sobre todo el emigrante porta su enorme nostalgia. De hecho, la nostalgia de la música es muy evidente, no sólo en Juan quien muestra su disgusto ante los cantos de las negras, sino también por parte del judío que añora la música de la Judería toledana, incluída la «bella música sorda de las cuentas movidas en el ábaco». La tremenda ironía del escritor cubano es aquí muy clara.

O quizás habría que preguntarse antes ¿cuál fue el motivo de su llegada a las Indias? Juan, reflejo de los comportamientos de todos los humanos, va en busca de la Utopía. Esto es algo que advirtió Mircea Elíade, cuando se refería a la persistente «nostalgia de un Paraíso perdido» en todas las sociedades humanas. Siguiendo el ejemplo de los Conquistadores, fascinado por el Descubrimiento en «aquellos días de tantas navegaciones y novedades», Juan no renuncia a hallar la Fuente de la Eterna Juventud o el Dorado, paráfrasis del mito paradisíaco. Precisamente en un artículo así titulado, «El mito paradisíaco», Carpentier explica el interés de los Conquistadores en embellecer las tierras nuevas que comenzaban a explorar y de esa manera se supravaloraban sus propias hazañas. Y como el hombre añoraba a través de sus fantasías la felicidad de la infancia, la felicidad de un mundo todavía puro, inicia persistentemente un camino de vuelta a estadios anteriores.

Quién sabe si Juan peregrinó hacia Compostela buscando esa purificación, o el deseo de asegurarse un paraíso ultraterreno. Compostela pudiera ser un El Dorado espiritual, o la Fuente de la Eterna Juventud para su alma. Quizás tan sólo estaba guiado por la curiosidad de lo miráfico y lo milagrero.

Pero lo que parece evidente es que siendo cuales fueran los motivos que le condujeron a las Indias, éstas le decepcionan. Su carácter no es

7 Carpentier, Alejo; «Letra y, Solfa» (I) (...) «Mito Paradisíaco»; pág. 68.

⁶ Carpentier, Alejo; «Razón de ser»; «Problemática del tiempo y el idioma en la moderna novela latinoamericana»; Ed. Letras Cubanas, 1980, pág. 69.

lo suficientemente fuerte para soportar los reveses, las inclemencias del tiempo, las fiebres americanas. Ya lo dice Bernal Díaz del Castillo: «¡Oh qué cosa tan trabajosa es ir a descubrir tierras nuevas...!». Junto a Juan se agrupan, unidos por la añoranza del Viejo Mundo los otros compinches, añoranza que hace magnificar y engrandecer aquello que antes se despreciaba. En el capítulo VII del cuento, Carpentier recoge el sentimiento de nostalgia que aúna a estos hombres y que les lleva a imaginar una vida pasada que nunca les perteneció. En concreto Juan se da a «encopetar el árbol genealógico». La cita sería excesiva pero podría verse resumida en esta frase de Quevedo: «Recuerdos y no alcázares fabricas». Así todos ellos volverán al punto de partida, para una vez girada la rueda del tiempo, reanudar de nuevo la salida, en un movimiento continuo que no les conducirá a ninguna parte.

Pero esta vuelta atrás tiene una explicación dentro del pensamiento de Carpentier, pensamiento distanciado en el tiempo de la época del relato: «El día de hoy se está sumando al de mañana. La verdad es que no avanzamos de frente: avanzamos de espaldas, mirando a un pasado que, a cada vuelta de la tierra, se enriquece de veinticuatro horas añadidas a las anteriores».9

Juan no es un personaje satisfecho de lo realizado, al igual que otros muchos que aparecen en la narrativa del escritor cubano, pero ante estos posibles comentarios su creador se defiende diciendo que «el hombre totalmente satisfecho de lo alcanzado y el que no busca algo más allá, se inmoviliza. Es decir: deja de vivir».¹⁰

Es evidente que el hombre de todas las épocas lucha por alcanzar algo mejor. Juan también lo intentó: la guerra, el camino de Santiago, las Indias, etc. y probablemente va a ser en «El siglo de las luces» donde Carpentier de una manera más compleja formulará su idea de ansia de perfección humana. El hombre sigue buscando «aquella tierra de Promisión nuevamente movediza y evanescente».

Por eso, pese a la sensación de insatisfacción de Juan al poco de llegar a las Indias: «iAh!, iLas Indias, Las Indias...! Sólo se le alegra el ánimo a Juan de Amberes, cuando llega gente marinera, de México o de la Española!», insiste en el proyecto otra vez, arrastrando a otro Juan, quién sabe si de nuevo él mismo, desencantado antes de iniciar la aventura: «tales portentos están ya muy rumiados por la gente que viene de las Indias hasta el punto que nadie cree ya en ellos...». Esta insatisfac-

⁸ Díaz del Castillo, Bernal; «Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España», Espasa Calpe, S.A., Madrid, 1968, Cap. V. pág. 35.

⁹ Carpentier, Alejo; «Recopilación de textos sobre A. Carpentier»; Serie Valorción múltiple; «Habla Alejo Carpentier», La Habana, Casa de las Américas, 1977, págs. 24 ss.
¹⁰ Ver nota 9.

ción, este signo de derrota, este saber que el oro ya no reluce, así como el plantear la vida como un laberinto encantado, al igual que la sensación contínua de movimiento son, evidentemente, signos de la cosmovisión barroca.

En «El Camino de Santiago» hay un momento en el que se mencionan las andanzas de Juan por el «laberinto bético», lo que reforzaría las apreciaciones de Alexis Márquez ¹¹ profundo conocedor de la obra de Carpentier, quien afirma en su estudio que la idea de laberinto está presente en la obra del escritor cubano, en tanto que algunos de sus personajes llevan sus pasos, guiados por un fatum, como dentro de un laberinto que, a la larga, desemboca en un punto predeterminado.

Circular como el tambor que aporrea Juan en los momentos importantes es el recorrido que efectuan algunos personajes del «Camino de Santiago», cuya constante será ese movimiento incesante de avance y retroceso sobre sus propios pasos.

Como Carpentier Juan es un individuo enormemente andariego y debido a este movimiento, se darán coincidencias de lugares en distintos tiempos, situaciones que se repiten, como las enfermedades provocadoras de sueños o los encuentros de Burgos, donde los argumentos que emplearán los indianos de todos los tiempos son siempre los mismos. Esto último se refleja en los capítulos V y X, donde Carpentier pone en boca de los dos Juanes idénticos argumentos; únicamente un cambio de nombre propio, introducido con gran habilidad -Pizarro por Cortéshace que el relato cobre una diferente temporalidad.

Juan inicia sus viajes al comprobar el agotamiento del entorno y siente la necesidad de una recreación de su propia vida. Sus viajes obedecen al cumplimiento de un rito extraño y están intimamente relacionados siempre con los sueños. Son éstos, producidos ambos tras una grave enfermedad, los que le empujan a buscar nuevos horizontes.

El sueño de Juan en Flandes lo impulsa hacia Santiago; el de las Indias, le recordará igualmente su promesa incumplida y le hará regresar a Compostela, y ambos recogerán sus obsesiones. Ambos también coincidirán en ser un tipo de narración sobrenatural en la que, siguiendo lo establecido por Enrique Anderson Imbert,¹² el narrador permite que en la acción que narra irrumpa de pronto un prodigio.

En el primer sueño tan pródigo en sensaciones, donde los sonidos se mezclan con los olores y éstos con las referencias visuales, Carpentier

Márquez Rodríguez, Alexis; «Lo Barroco y lo real maravilloso en la obra de Alejo Carpentier», Siglo XXI Editores, S.A., Madrid, 1982.

¹² Anderson Imbert, Enrique; «El realismo mágico y otros ensayos», Caracas, 1976, págs. 18 y 19.

logra, dejando correr plenamente su imaginación, que lo imposible en el orden físico cobre realidad en el plano de la fantasía (de hecho se viene abajo) v su orden queda profundamente alterado. Incluso los personajes más importantes caen desmoronados. El narrador consigue provocar extrañeza al lector cuando el Duque de Alba, el cruel Duque de Alba, «el León de España» queda convertido en titiritero, y se dedica a hacer juegos malabares. Hay algo de grotesco en él. Sin duda la última parte del sueño es la que está representada con una mayor plasticidad: «Y Juan vio salir al Duque de Alba en el viento, tan espigado de cuerpo que se le culebreó como cinta de raso al orillar el dintel, seguido de las naranjas que ahora tenían embudos por sombreros, y se sacaban unas patas de rana de los pellejos, riendo por las arrugas de sus cáscaras. Por el desván pasaba volando, de patio a calle, montada en el mástil de un laúd, una señora de pechos sacados del escote, con la basquiña levantada y las nalgas desnudas bajo los alambres del guardainfantes. Una ráfaga que hizo temblar la casa acabó de llevarse a la horrorosa gente». Después, Juan, asomado a la ventana, contemplaría el Camino de Santiago e iniciaría su peregrinacióm como romero.

En varios momentos la lectura de este cuento nos ha llevado al Jardín de las Delicias del Bosco, y no únicamente por lo que se refiere a la pérdida del paraíso. El exterior del tríptico en grisalla no hace intuir la explosión cromática que más tarde ofrecerá en su interior, lo mismo que al comienzo del cuento, sólo la apertura de la escotilla del barco grisáceo permitiría la mágica aparición de los naranjos enanos «todos encendidos en frutas».

En concreto, ya referido a este primer sueño de Juan, se dan una serie de similitudes como esa simbiosis entre los distintos componentes de la naturaleza que producen esas extrañas formas entre zoológicas y vegetales, esa fantasía sin límite que puebla el sueño y que da lugar a una orgía compositiva de dificil interpretación, donde la iconografía juega un papel tan importante: la espada es transformada en cruz. Dentro de este caos es curiosa la doble función de la espada. ¿Acaso los conquistadores españoles no instalaban en sus descubrimientos y tomas de posesión rápidamente la cruz? Mircea Elíade ve en este gesto de los descubridores el equivalente a una justificación y a una consagración de la religión, a un nuevo nacimiento en suma, es decir, a un acto de creación. Por tanto cuando Juan sólo ha decidido peregrinar a Compostela, en el fondo estará ya predeterminado por el fatum para dirigirse a América, porque la espada junto con la cruz clavada en el tablado del piso de Flandes, no es sino signo de la conquista del Nuevo Mundo.

Hay también en el Jardín de las Delicias, en su tabla derecha, unos instrumentos musicales: junto a un arpa, otro instrumento que podría

ser un laúd, del cual cuelga un ser humano desnudo. Algo de esto se dice en la cita anterior. Es esta tabla justamente la que cierra el ciclo narrativo en la que el Bosco describía el destino de la humanidad lujuriosa: el infierno. Como en «El Camino de Santiago», el Bosco en su Jardín tampoco deja camino a la esperanza.

Por otra parte, todos los símbolos circulares del cuadro podrían relacionarse con la estructura espiral del relato. Incluso el procedimiento utilizado en su realización basado en el juego de luces y tinieblas, tendría que ver con este primer sueño de Juan donde todo, a excepción de las naranjas, va en estos tonos: Un «Duque de Alba vestido de negro, con la gola tan apretada al cuello, adelantándole la barba entrecana, que su cabeza hubiera podido ser tomada por cabeza de degollado, llevada de presente en fuente de mármol (...) la ventana que daba a la calle se abrió al empuje de una ráfaga, apagándose el candil (...) la Vía Láctea, por primera vez desde el pasado estío blanqueaba el firmamento». Dentro de estas referencias pictóricas y muy relacionadas con el Bosco, se podrían mencionar algunas de las pinturas negras de Goya, donde también se refleja esa humanidad absurda, entremezclada con el mundo de la magia y el de la brujería en contextos donde reina lo tenebroso.

El segundo sueño de Juan, es si cabe más terrible, con algunas semejanzas con el primero, como es la aparición de la cruz, pero utilizando
un símil escalofriante: los buitres negros de cráneo pelado, que impresionaron antes a Juan mientras se nutrían de carroña, surgen ahora «sin
mover las alas, y parecen cruces negras que flotaran como siniestro augurio». El sueño es más claro, con la participación directa de un Juan
que se desdobla junto a la catedral de Santiago de Compostela como
meta inalcanzable y recuerdo de la promesa incumplida. Además la
presencia de Compostela nos lleva a recordar con Mircea Elíade 13
aquella viejísima concepción del templo como 'imago mundi'. La idea
del santuario reproduce en su esencia el Universo y aquí Compostela
podría simbolizar la Jerusalem Celestial, a la que Juan pretende llegar a
través de un camino laberíntico, ya que de alguna manera ello le supone pasar de lo profano a lo sagrado, del hombre a la divinidad.

Este ir y venir que en su aspecto más amplio se refiere a los desplazamientos entre el Viejo y el Nuevo Mundo y a la inversa, se completa o se ve reforzado por los movimientos incesantes del mundo interior de Juan que avanza y retrocede sin sosiego gracias a sus recuerdos. Carpentier ha empleado la técnica cinematográfica del flash back, sobre

¹³ Elíade, Mircea; «El mito del Eterno retorno»; I, Arquetipos y repetición, pág. 25, Alianza Emece, n.* 379, Madrid, 1972.

B. MONREAL Y M. RUIZ DE GARIBAY

todo enfatizándola en los detalles eróticos del cuento: «La salud recobrada le hace recordar, gratamente, aquellas mozas de Amberes, de carnes abundosas que gustaban de los flacos españoles, peludos como chivos, y se los sentaban en el ancho regazo, antes del trato, para zafarles las corazas con brazos tan blancos que parecían de pasta de almendras». Veamos otros ejemplos: «A la menuda, cuyas nalgas se sobrealzan como sillar de coro, y apenas si tiene un pelo ralo donde las cristiánas lucen tupido vellón, ha llamado Doña Yolofa». Pero, ya de regreso a Burgos, mientras «el negro se desvive por catar la carne blanca que gusta de su buen rejo, el indiano, en cambio, pierde el tino cuando le pasa una lora por delante, de las que tienen la grupa sobrealzada como sillar de coro».

Efectivamente Juan vive mirando hacia atrás, añorando insistentemente lo que ha ido dejando en su camino de la vida: «Juan se hincha los pulmones de aire salobre, de brisa fresca que le llena los ojos de lágrimas, al olerle a Sanlúcar el día de la partida, y también a su desván de Amberes, con la pescadería de abajo, cuando ladra un perro detrás, de los cocoteros...».

Es evidente que la evocación tiene un soporte eminentemente sensorial: son los olores marinos y la sensación de frescor de la playa lo que motiva sus recuerdos: «El tambor de Amberes pasa largas horas sacando humo de tabaco de un hueso que para eso tiene, añorando los tiempos en que entraba en las ciudades, junto al abanderado, al trompeta y el pífano de boj, y a su paso se abrían las ventanas verdes, con adornos de corazones calados en la madera de los postigos, y sobre los alfeizares florecidos asomábanse las mujeres que parecían ofrecer el pecho sonrosado bajo el encaje de la camisola—que eso sí eran mujeres, las de Italia, las de Castilla, las de Flandes, y no esos pellejos de odres con olor a chamusquina, tan duros que no podían pellizcarse, de las negras que aquí había que tomar como hembras».

El tipo de narración que correspondería al «Camino de Santiago» no sería, en cambio la circular. Con grandes similitudes se presenta la narración en espiral. La diferencia estriba en que en la narración circular, la acción concluye, en cambio en la espiral, la acción, termina como tal para recomenzar de nuevo e hipotéticamente se va repitiendo en teoría hasta el infinito. Así la analiza Alexis Márquez.

«El Camino de Santiago» es un libro escrito con una gran sensibilidad latino-americana, y en él se aprecia lo real maravilloso que menciona tan a menudo Carpentier: «lo real maravilloso nuestro es el que encontramos al estado bruto, latente, omnipresente en todo lo latinoamericano».¹⁴

La suntuosidad con que se inicia el relato, con la aparición por la escotilla del barco de aquellos naranjos enanos que transfiguran la tarde, no es sino un anticipo de lo real maravilloso que se manifiesta en el cuento a través —entre otros elementos— de la naturaleza.

El mundo queda anunciado (otra vez ese movimiento de avanceretroceso) justo en el momento de embarcar poniendo «un estupendo olor de aventuras en las narices de Juan», quien como hombre de Europa entra en contacto con lo real maravilloso americano, con lo insólito que resultará en las Indias lo cotidiano, con esas realidades de libros de caballerías escritos en Europa pero vividos en América. Porque va el puerto de Sevilla anuncia aquel nuevo continente de simbiosis de mutaciones, de mestizajes que serán engendradores del barroquismo americano. Ello está visto en «El Camino de Santiago» como «un gran portento de los humanos colores»: «Y no eran tan sólo los negros horros que esperaban el día de salir en las flotas, loros como brea o con el pellejo de berenjena; no eran tan sólo las morenas del paracumbé, guineas alcojoladas, mulatas de Zofalá, sino que se veían, en estas vísperas de salida, muchos indios que aguardaban el regreso a sus patrias en el séquito de prelados o capitanes, venidos a tratar de negocios en la Corte. El solo Chantre Mayor de Guatemala, que embarcaría en la Flota, se traía tres criados, de color aceitunado, con las frentes ceñidas por tiras bordadas, y una manta de lana espesa, con los colores del arco iris, metida por la cabeza a modo de capisayo (...). Había indios de la Española, yucatecos que llevaban calzones blancos, y otros, de cabeza redonda, bocas belfudas, y pelo espeso, cortado como a medida de cuenco, que eran de la Tierra Firme, y hasta aparecían en misa, algunas veces, los ocho mexicanos de la casa de Medina Sidonia, que habían tocado chirimías -y muy diestramente, por cierto- en las fiestas dadas para celebrar el encuentro de Doña María con el Príncipe Felipe, en Salamanca. Todo aquel mundo alborotoso y raro, tornasolado de telas gritonas, de abalorios y de plumas, donde no faltaban eunucos de Argel, y esclavas moras con las caras marcadas al hierro, ponían un estupendo olor de aventuras en las narices de Juan de Amberes».

Esta larga cita reproduce, en el fondo, las palabras con que Simón Rodríguez veía la realidad americana, mientras consideraba que el barroquismo americano se acrecienta con el sentido del criollo: «tenemos huasos, chinos y bárbaros, gauchos, cholos, y guachinangos, negros,

¹⁴ Carpentier, Alejo; «Razón de Ser»; «Lo Barroco y lo real maravilloso», Ed. Letras Cubanas, Cuba, 1980, pág. 60.

prietos y gentiles, serranos, calentanos, indígenas, gentes de color y de ruana, morenos, mulatos y zambos, blancos porfiados y patas amarillas y un mundo de cruzados: tercerones, cuarterones, quinterones y salta atrás».¹⁵

Como dice Carpentier «con tales elementos en presencia aportándole cada cual su barroquismo, entroncamos directamente con lo que yo he llamado lo 'real maravilloso'».¹⁶

La fauna americana constituye también un reflejo de lo real maravilloso. La aparición portentosa de los peces voladores, cuando Juan -cansado y a punto de desinflarse- está llegando a San Cristóbal de La Habana, o la contemplación de «arañas del tamaño de la rodela de una espada, culebras de ocho palmos, escorpiones, plagas sin cuento», o «el pez gigante, ballena de Jonás, con la boca entre el cuello y la panza que allí llaman tiburón», o incluso el barroquismo presente en la orilla del mar, cuando Juan está en «una playa cubierta de almejas, donde unas vejigas irisadas mueren al sol, entre cáscaras de erizos, pomas leonadas y guanos grandes de los que braman como toros», hace que el hombre europeo, Juan, considere una naturaleza tan excesiva que se sienta fascinado, si bien el desencanto acecha, y no permite ya el disfrute, porque el vino es malo, la tierra roñosa y el oro invisible.

La flora también es singular: «los árboles cargan flores moradas, o se enferma la horquilla de un tronco, del tumor de una comejenera hirviente de bichos. Hay matas que parecen vestidas de cáscaras de cebolla, y otras que cargan los nidos de enormes ratas». Y la luz, y el calor y la humedad suponen igualmente la constatación de una realidad tan diferente que, sin lugar a dudas, causaba extrañeza.

El nuevo entorno obliga al hombre europeo, a Juan, a ampliar su vocabulario. Es conocida la angustia de Hernán Cortés cuando se quejaba a Carlos V de no poder describirle algunas de las cosas de América «por no conocer las palabras que las designaban». Carpentier deja constancia de esta dificultad cuando permite a Juan que describa un gran pez, incapaz de definirlo empleando el término americano: «Quien cae al agua de la bahía es devorado por un pez gigante, ballena de Jonás, con la boca entre el cuello y la panza, que allí llaman tiburón».

Sin embargo, su afición demostrada por la comida, hace que incorpore términos alimenticios novedosos, tales como jitomate, achiote, chile, chocolate, etc. porque precisamente el mundo sensorial está continuamente presente en el relato. Ya desde su llegada a Burgos, el peregrino desvía su ruta compostelana atraído por los olores de los alimen-

¹⁵_16 Carpentier, Alejo; «Razón de ser»; «Lo Barroco y lo real maravilloşo», pág. 55; Letras Cubanas, Cuba, 1980, págs. 55 ss.

tos que se están cocinando en la feria: «El ánimo de ir rectamente a la catedral se le ablanda al sentir el humo de las frutas de sartén, el olor de las carnes en parrilla, los mondongos con perejil, el ajilimójele, que le invita a probar, dadivosa, una anciana desdentada...», anciana que volverá a encontrar a su regreso y cuyos productos había evocado en las Indias. La desilusión que le producen aquellas «tierras sin ley ni fundamento» se traduce también en el cansancio por los nuevos sabores, que siempre van unidos a la percepción por el olfato que le hace captar los olores más diversos, desde «el olor a chamusquina» de las negras hasta el de la brea.

Juan que es un hombre muy primario añora al Viejo Mundo a través de una evocación sensorial. Una de las primeras impresiones de estar de nuevo en «casa» le produce el agrado «de haber vuelto a encontrar en la lenteja y el salpicón, el queso y la salmuera, sabores que se añoraban demasiado, allá en el palenque...», cuando en su imaginación proliferaban verdaderos bodegones a base de piezas de caza, fuentes escabechadas y miel de la Alcarria.

Pero dentro de este cúmulo de sensaciones, la enfermedad y el frío castellano le hacen echar de menos «el calor que Doña Yolofa y Doña Mandinga llevaban dentro de la piel demasiado dura».

Todo «El Camino de Santiago» está invadido de diversos aromas, pero hay un predominio de olor a chamusquina, porque no sólo están presentes los asados de carne que hacen segregar jugos al posible comensal, sino que la Inquisición se encarga de organizar «parrilladas de herejes», como lo expresa Carpentier.

La presencia de lo alimenticio es tan frecuente y se hace generalmente por medio de enumeraciones tan largas que su acumulación supone una nota más del barroquismo latinoamericano.

Este barroquismo también está presente en las extraordinarias sinestesias que crea el escritor cubano para mezclar sensaciones diversas: «Sólo las negras cantan, en el humo de leña que demora sobre la mar tranquila, como una neblina que oliera a cortijo». Lo barroco, en cambio, ofrecería muchas más posibilidades de estudio; el mundo enmarañado de Juan se traduce en una sintaxis complicada que pondría de nuevo al lector en conexión con el mundo laberíntico que el hombre—todos los juanes— atravesamos en busca siempre de la Esperanza.